

ter hablarle una palabra para que él entendiese la enfermedad de cada uno, y con otra que respondia la curaba. Esta ciencia divina de la anatomía del espíritu, dejó escrita en el libro de los *Ejercicios*, y no sé otro nombre que más cuadre al libro, que llamarle anatomía espiritual. Porque así como la anatomía del cuerpo pintada, y mucho más la verdadera, no tiene cosa hermosa ni agradable, ni que convide y atraiga los ojos de los ignorantes, pero sí los de los sabios y doctos, que por una parte se deleitan maravillosamente de ver la fábrica del cuerpo humano, y los secretos de la sabiduría de Dios, que están escondidos dentro de él; y por otra parte es el mejor libro que puede haber para estudiar y conocer las enfermedades, y la cura y remedio de ellas; así es el libro de los *Ejercicios*, que tiene descubiertas todas las venas y las coyunturas y nervios del espíritu, y muestra á los ojos todo lo secreto del hombre interior; y para esto está desnudo de palabras, sin estilo, sin elocuencia, y sin colores retóricos: lo cual ha sido ocasion para que le dejen de las manos los ignorantes, y le estimen en más los sabios y bien entendidos; y principalmente los que traen en las manos la cura espiritual de las almas, y ponen en práctica sus reglas y documentos, primeramente en sí mismos, y despues en los otros; porque sin esto, como dice su autor ¹, y diremos despues, no se puede entender este libro, ni conocerse el acierto de él, porque todo está templado y acomodado á la práctica y ejercicio, y sin el ejercicio es cosa muerta; así como el medicamento, cuando no se actúa y aviva con el calor natural es tambien cosa muerta, y no descubre su fuerza y eficacia.

¹ P. 4, c. 8, § 5.

CAPÍTULO III.

DE OTRAS AYUDAS QUE TUVO NUESTRO SANTO PADRE
PARA ESCRIBIR ESTE LIBRO.

No solamente era grande la luz que Nuestro Señor habia comunicado al bienaventurado padre san Ignacio cuando escribió este libro, y la experiencia que habia cobrado en sí mismo, sino tambien era grande la experiencia que tenia del trato de los prójimos. Porque mucho ayuda para la aprobacion de las cosas prácticas (como se ve en los medicamentos de que acabamos de hablar) el uso y la experiencia de ellas; y no le faltará á este libro, como he dicho, este género de aprobacion. Porque no hablando ahora de los grandes y provechosos efectos que se han hecho por medio de estos ejercicios, despues que salieron de las manos de su autor, de lo cual da testimonio el Sumo Pontífice en el breve de su aprobacion, y nosotros trataremos de esto despues; ahora solamente pretendo decir, que áun en el mismo tiempo que nuestro santo Padre los escribia, fuera de las demás ayudas, tantas y tan grandes como hemos dicho, tuvo tambien esta para escribirlos acertadamente, que fué haber ya hecho prueba y experiencia de ellos. Es cosa cierta, y así se dice en el cap. 5 del libro primero de su vida, que luego desde sus principios estando en Manresa, empezó el santo Padre á comunicarse á los prójimos, y á mostrarles en el fervor de sus palabras y exhortaciones el fuego que dentro tenia: y como era hombre de veras y de sustancia, no se cansaba

ni se satisfacía con echar palabras al aire, sino que á todos y á cada uno en particular despues de haberlos persuadido el amor de la virtud y encendido en ellos el deseo de mudar la vida, les daba siempre alguna como tarea y ocupacion en que se ejercitasen para alcanzar lo que deseaban. Y como el buen médico no se contenta con entretener al enfermo con buena conversacion, y dejarle movido al deseo de la salud, porque esto es fácil y que lo puede hacer cualquiera, sino (lo que es propio de su facultad) conocida la enfermedad y disposicion del enfermo, le deja recetado algun remedio que tenga fuerza para sanarle, y le visita á sus tiempos, y está á la mira del efecto que se sigue: porque, como dice su aforismo, *à juvantibus, et nocentibus sumitur indicatio*; así tambien con este mismo cuidado, y mayor, tomaba el santo Padre á su cargo el aprovechamiento de las almas que trataba, no contentándose con moverlas al deseo de la salud eterna, sino recetándoles algun modo de leer, de meditar, de examinar la conciencia, de orar mental ó vocalmente, acomodándose siempre á la disposicion y capacidad de cada uno, y haciendo atentamente exámen y reflexion del efecto bueno ó malo que se seguia. Y esta manera de exámen y reflexion sobre el suceso bueno ó malo de nuestras acciones, y de las causas de donde procede el bien ó el mal de ellas, era un ejercicio muy estimado y usado de nuestro santo Padre, y muy encomendado á nosotros ¹ para salir maestros de la vida espiritual. Con esta reflexion y exámen, ayudado de la luz divina, pudo en menos tiempo ganar mucha experiencia, y de esta experiencia nació tambien el libro de los *Ejercicios* con todas sus reglas, notas y adiciones.

¹ P. 4, c. 8. lit. C. D. E.

Y para que no faltase nada, tampoco le faltó la comunicacion de hombres espirituales; porque dejando aparte la claridad, que siempre tuvo con sus confesores, y la humildad con que les daba cuenta de las cosas más secretas de su alma, y la obediencia con que se sujetaba á sus instrucciones y consejos; es cierto, y yo lo sé de relacion del padre Pedro de Ribadeneira, haber oido decir al santo Padre, que en sus principios tuvo deseo y como curiosidad de comunicarse con las personas que tenían nombre de espirituales, y buscó y habló con algunos, mas presto desistió de este intento por hallar en él más distraccion que provecho, y porque echó de ver, que de los que profesan ser hombres espirituales, no son los más los que insisten en el ejercicio sólido de la virtud, y experimentó ser verdad lo que dice *Contemptus mundi*, libro tercero, capítulo cuarto: *Algunos no andan delante de mí llanamente, mas con una curiosa vanagloria quieren saber mis secretos, y entender cosas altísimas, no curando de sí mismos, ni de su salud, etc.* Y más abajo dice: *Algunos tienen su devocion solamente en sus libros, otros en imágenes, otros en señales y figuras exteriores, otros me traen en la boca, y pocos en el corazón.* Y en el capítulo treinta y uno dice: *El que no se desocupare de lo criado, no podrá libremente entender en lo divino. Por eso se hallan pocos contemplativos, porque poquitos saben desasirse del todo de las criaturas, etc.* Y en el capítulo treinta y siete dice: *Algunos se renuncian, mas con alguna condicion, que no confian en mí del todo, y por eso trabajan en proveerse. Tambien algunos al principio lo ofrecen todo, mas despues combatidos de alguna tentacion, tórnanse á sus propiedades, y por eso no aprovechan en la virtud. Estos nunca llegan á la verdadera libertad, ni á la gracia de mi dulce familiaridad, si no se renuncian del todo, haciendo de sí mismos sa-*

crificio muy continuo, etc. De los cuales lugares, y de otros semejantes, se ve el sentimiento de este autor, que respecto de los muchos que profesan ser hombres espirituales, son pocos los que dan en la vena verdadera del espíritu. Y finalmente, toda la doctrina de este libro tan espiritual, y tan estimado con tanta razon, se resuelve como en estos dos polos, de dejarse á sí mismo y á todas las criaturas, y llegarse á Dios con perfecta union y conformidad con su voluntad: y así dice en el mismo c. 37: *Muchas veces te dije, y ahora te lo torno á decir: déjate á tí, renúnciate á tí, y gozarás de una grande paz interior; dalo todo por el todo, no busques nada, etc., esfuérzate por esto, ora por esto, trabaja en desear esto, que puedas despojarte de todo propio amor, y desnudo seguir al desnudo Jesús, morir á tí mismo, y vivir á mí eternamente, etc.* Esta doctrina se le asentó tanto á nuestro santo Padre en el corazon, y este libro armó tanto con su espíritu, que parece que se le dió nuestro Señor por maestro. Y dicen que su vida era como un *Contemptus mundi* vivo. Y á mi parecer la mira que tuvo el Santo en el libro de los *Ejercicios*, fué abrir el camino, y señalar los pasos para subir á la cumbre de la perfeccion que este libro enseña. La cual, como está dicho, porque la halló en tan pocos, así dejó de cansarse en buscarlos, contentándose con haber descubierto en los que habia tratado, la diferencia que va de un espíritu á otro para saber distinguir lo precioso de lo vil, dando gracias á Dios por el tesoro que habia hallado en aquel librito del *Contemptus mundi*, que como si fuera maestro vivo, así le hallaba siempre al propósito de su necesidad, y siempre le hallaba conforme á los sentimientos de su corazon.

CAPÍTULO IV.

CONCLUSION DE TODO LO DICHO.

VOLVIENDO pues á nuestro propósito, ¿quién no ve por lo dicho el grande magisterio que está encerrado en este nuestro libro de los *Ejercicios* para los deseos de la verdadera perfeccion? Y basta para creer que esto es así, ver que Dios nuestro Señor escogió á su autor para maestro de tantas almas, y que él puso toda ó la mayor parte de su magisterio en este libro. De manera que las soberanas mercedes y particulares favores que Dios le hizo, y las bendiciones de su dulzura con que le previno, así como parece que las enderezaba todas Dios nuestro Señor para hacerle apto ministro de la salud de las almas; así parece que podemos decir, que las enderezaba para el buen acierto de estos ejercicios, que son los principales medios que el Santo usó, y nos dejó á nosotros para el bien de estas mismas almas. Para esto hizo tan rigurosas penitencias, y tuvo tan largas y fervorosas oraciones, y se quebrantó y venció á sí mismo con tan vivas mortificaciones. Para esto padeció tan graves tentaciones, y se halló tan afligido, y casi acabado de escrúpulos, y experimentó dentro de sí tan encontrados espíritus y varios movimientos. Para esto le visitó nuestro Señor con tantas consolaciones, y le alumbró el entendimiento con tan excelente y desacostumbrada luz, y le inflamó y arrebató la voluntad con tanta

eficacia, como se veía en los éxtasis y enagenaciones de sentidos, y otras señales manifiestas que parecían por defuera. Para esto mismo le ayudó la experiencia de los maestros y confesores, y otras personas espirituales con quien él comunicaba, y no menos la de otras muchas personas que por aprovecharse en su espíritu comunicaban con él. Y para esto finalmente le ayudó la continua leccion del libro *De Contemptu mundi*, cuya doctrina entendió con la práctica de ella, y su espíritu se le embebió en las entrañas; y para llegar al grado de perfeccion que se declara en él, parece que van encaminadas todas las reglas y notas, y toda la doctrina del libro de los *Ejercicios*. Y así se ve, que para escribir este libro juntó Dios en nuestro santo Padre, todo lo que se podía desear de dones naturales y sobrenaturales, conviene á saber, de grande capacidad, de singular prudencia, de experiencia de las cosas espirituales en sí mismo, y en otros de luz sobrenatural, de amor de Dios, y de grande celo de aprovechar á las almas. Y particularmente le dió el Señor una vista clara y penetrante, quiero decir, un espíritu aventajado de discrecion para mirar dentro de sí y reconocer todas sus acciones interiores, y distinguir los átomos del espíritu, y sentir los movimientos y apuntamientos más secretos de su corazon, y por lo que pasaba dentro de sí conocer, como dijo el Eclesiástico¹, casi ver con los ojos lo que pasaba en lo más secreto del corazon de sus prójimos; y todo con tanta claridad, que en pocas palabras y sustanciales nos lo dejase escrito en este libro. Porque así como puede haber muchos que hayan visto la grandeza del mundo, y anchura de los

¹ Eccli. XXXI, 18.

mares, y muchedumbre y variedad de los reinos y provincias; pero entre estos muchos son muy pocos los que saben tomar la medida de cada tierra, y notar la correspondencia que tiene con las demás, y con los círculos y puntos fijos del cielo; y de los que alcanzan esto son pocos los que saben resumir y recopilar todo el mundo en un pequeño globo, ó en una pequeña tabla; lo cual hacen algunos con tanto ingenio y artificio, que allí nos muestran la grandeza de los reinos, el sitio y lugar de las provincias, la distancia de las ciudades, el nacimiento y ocaso del sol, y la grandeza de los dias y de las noches en cualquiera parte del mundo, con tanta puntualidad, como si nos halláramos allí presentes: y no por ser menor el mapa es menor el mundo que representa, ni menos el ingenio del artífice que supo recogerle á tan pequeño sitio y cantidad. Así podemos decir, que este libro de los *Ejercicios* es un mapa, no del mundo, sino del cielo, y mejor diremos que es un mapa del corazon y espíritu de nuestro bienaventurado padre san Ignacio; el cual despues de haber andado las jornadas largas que habia desde sí mismo hasta Dios, y visto la grandeza de este mundo interior (que aunque le llaman mundo pequeño, es sin comparacion mayor que este que se percibe por los sentidos), despues de haberse levantado sobre sí mismo, y engolfádose en aquel océano inmenso de la Divinidad, y descubierto (como sufre la imperfeccion de esta vida) la grandeza del mundo mayor, que es Dios, trasladó en este libro lo que tenia en el corazon, y dibujó en poco papel la grandeza de su espíritu, que desasido de las cosas terrenas, y desnudo casi de su propio cuerpo, volaba libremente á Dios. De manera, que si el mucho caudal y espíritu del autor nos hace tener estima del libro, no menos la excelencia del libro des-

pues de entendido nos hará creer en la estima del espíritu y caudal de su autor; y magníficamente sentirá de este santo quien creyere que tenia aquel grado de santidad que el libro platica. Lo cual tengo yo por muy cierto, pues fuera de otras razones hay esta, que no tuvo otro original de donde sacarle, sino el que Dios nuestro Señor habia impreso en su corazon; lo cual para que mejor se entienda discurriremos algo sobre el intento del libro, y modo que tuvo el Santo de proceder en él.

CAPÍTULO V.

QUE EL EJERCICIO DE LA PERFECCION ES SIGNIFICADO
POR ESTE NOMBRE DE CAMINO.

EL ejercicio de la perfeccion le enseña y declara nuestro bienaventurado padre san Ignacio, con la semejanza de un camino corporal, el cual modo de hablar es muy usado de los santos y muy ordinario en la sagrada Escritura. Isaiás dijo ¹, que en los dias postreros se habian de convidar las gentes, y exhortar los pueblos unos á otros, diciendo: Venid y subamos al monte del Señor, y á la casa de Dios de Jacob y nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus senderos. Y en otra parte hablando tambien del tiempo de la ley de gracia, entre otras cosas dice así ²: Allí habrá descubierta senda

¹ Isai. II, 3. — ² Ibid. XXXV, 8.

y camino, y será llamado el camino santo; ninguno que sea inmundo caminará por él, y este camino será para vosotros el camino derecho, de manera que ni los ciegos se puedan perder por él. Y en cumplimiento de esta profecía, descubriéndonos el Salvador este camino tan santo, y tan derecho y cierto, dijo: Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Este mismo lenguaje usa nuestro santo Padre en varios lugares, como veremos en las ocasiones; y luego al principio de su libro en la primera anotacion, dando razon de este nombre de *Ejercicios espirituales*, dice así: *Que por este nombre de Ejercicios espirituales se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar mental y vocalmente, y de otras espirituales operaciones, segun que adelante se dirá: los cuales dice, que son ejercicios espirituales, así como el pasear, caminar y correr se llaman ejercicios corporales.* De manera, que á semejanza del ejercicio corporal, que se hace caminando, paseando ó corriendo, se llama tambien ejercicio espiritual, el caminar, pasear ó correr por el camino del espíritu.

Para entender mejor esta doctrina, y la propiedad de aquesta semejanza, debemos considerar que en el camino corporal una cosa es el camino, y otra diferente los accidentes de él. Porque el camino es aquel orden de pasos con que nos vamos desviando del término de donde salimos, y acercando al término donde vamos por el medio más breve y más derecho que sea posible. Y accidentes del camino son el ser más áspero ó más llano, más apacible, más fragoso, estar poblado de arboledas ó desierto de ellas y otras cosas semejantes. Así

¹ Joann. XIV, 6.

mismo en un camino unas cosas sirven de ayuda, y otras de defensa; porque de ayuda son los caballos, las carrozas y literas, las espuelas y látigos para las bestias, y la provision y mantenimiento para los hombres; y de defensa son las botas y los fieltros, y otros aparejos semejantes contra las inclemencias del tiempo, y las armas defensivas y ofensivas contra los enemigos que suelen venir á saltear y robar en los caminos.

Todas estas cosas hallamos en el ejercicio espiritual. Porque una cosa es el camino, y otra diferente los accidentes que se ofrecen en él. El camino no es otra cosa, sino los mandamientos de Dios y el cumplimiento de la voluntad de Dios, como muchas veces se repite en el salmo 118: Bienaventurados, dice, los limpios en el camino, los que andan en la ley de Dios. Ojalá se enderecen mis caminos para guardar tus justificaciones; y por el camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón. Este camino de los mandamientos nos va llevando por sus grados al cumplimiento de la voluntad de Dios, buena, y agradable, y perfecta, como dijo el Apóstol ¹; y por eso gravemente dijo san Basilio ²: Que por este nombre de camino entendemos un orden de obras santas, que por medio del conocimiento y luz celestial nos va guiando de lo menos perfecto á lo más perfecto. Y lo mismo parece que quiso decir el Apóstol cuando dijo ³, que nos vamos trasformando por imitacion en la imágen de Jesucristo de claridad en claridad; esto es, de una claridad y luz menor, á otra luz y claridad mayor con que el hombre interior se renueva de dia en dia, conviene á saber que va descubriendo ca-

¹ Ad Rom. XII, 2. — ² Bas. l. de Spir. Sancto, c. 8. — ³ II Corinth. III, 18.

da dia cosas más altas y perfectas, con que recibe nuevos aumentos y más crecidos dones, como de la mano del divino Espíritu, y de esta manera va caminando hasta la perfecta union con Dios nuestro Señor.

Los accidentes de este camino son la devocion ó la sequedad, las consolaciones ó desolaciones, la tranquilidad y bonanza, ó las tentaciones y tempestades, en todo lo cual suele haber mucha variedad; y sin atender á uno ni á otro, como dice nuestro santo Padre, peleando con las tentaciones, é insistiendo en las verdaderas y sólidas virtudes, ahora sea con muchas visitaciones espirituales, ahora con pocas, hemos de caminar siempre adelante en la via del divino servicio.

Asimismo en este camino espiritual, unas cosas sirven de ayuda, y otras de defensa, porque de grande ayuda son la oracion y meditacion, los exámenes de la conciencia, la leccion de los libros espirituales y otros ejercicios semejantes, que como carrozas y literas nos van adelantando y llevando, unas veces con más descanso y otras con menos, por el camino que hemos declarado de la perfeccion. Tambien son de grande ayuda las penitencias corporales, que sirven como de espuelas y látigos para castigar y domar el cuerpo, y los puntos de la meditacion, y la palabra de Dios, y verdades de la fe, que es como la provision de este viaje, para el sustento y regalo del alma.

Tambien conviene ir prevenidos de todo lo que es menester para nuestra defensa, conviene á saber, de consejo para no errar, de consuelo para no desmayar, y de aliento para perseverar, que son como los aparejos del caminante contra las inclemencias del tiempo; porque inclemencias temporales son en el camino del espíritu, las dudas y oscuridades, los desconsuelos y seque-

dades, y el tedio y cansancio del camino con que muchos se detienen ó vuelven atrás. Tampoco faltan en este camino enemigos espirituales que salen á robar y matar los caminantes incautos y desapercibidos, ya con ilusiones secretas, y ya con manifiestas tentaciones, contra las cuales conviene ir bien prevenidos con la luz de la discrecion espiritual para conocerlas, y con el escudo de la fe y de la paciencia para resistirlas y vencerlas.

Conforme á lo dicho cuatro cosas debemos considerar en nuestro libro de los *Ejercicios*. La primera es la materia de la meditacion, la cual es más copiosa de lo que algunos piensan, como diremos en su lugar. Pongo por ejemplo, la malicia de los pecados y las penas de ellos, la vida, muerte y resurreccion del Salvador, y otras semejantes, que están repartidas en partes, y divididas en puntos, en varias meditaciones por todas cuatro semanas. La segunda cosa es, los varios modos de orar, de meditar y de examinarse, como son el de las tres potencias, las repeticiones, la aplicacion de sentidos, los modos de hacer eleccion, los tres modos de orar, que están al fin de la cuarta semana, y otros semejantes, que cada uno tiene sus partes y como sus miembros diferentes, esto es, su principio, su medio y su fin, que son los preámbulos, los puntos y los coloquios, y para todo hay sus reglas, notas y adiciones, conforme á las cuales para cada modo de orar se ha de escoger su materia conveniente, y así la materia como el modo de orar ha de ser la que más ayudare para el fin que se pretende. La tercera cosa que hallamos en nuestro libro, y tal vez la más excelente, es este fin que debemos pretender en nuestros ejercicios; porque todos los modos de ejercitarse en cualquier materia van enderezados á conseguir algun fin, y este fin

es cierto grado de perfeccion que el alma desea, y hace esfuerzo y se ejercita para alcanzarle. Y porque ésta es como el alma que da sér y vida á nuestros ejercicios, por eso se repite tan á menudo y en tantas ocasiones, y se propone siempre delante de los ojos á la entrada de la oracion, en el tercer prelude que contiene la peticion de aquello que deseamos. La cuarta cosa son las reglas de discrecion para conocer y distinguir el buen espíritu del malo: el bueno para admitirle, y el malo para resistirle y desecharle de sí.

De todas estas cosas que hemos referido, en sola la tercera consiste el camino de la perfeccion, el cual debe ser el fin de todos nuestros ejercicios. Porque la primera, que son los puntos y materia de la meditacion, es el sustento del alma, y la provision que ha de llevar hecha de verdades bien consideradas y rumiadas, y de la palabra de Dios guardada dentro del corazon para no desfallecer en este camino. Y la segunda, que son los modos de orar y de examinarse, son los medios para andar más fácilmente por este camino. Y la cuarta, que son las reglas de discrecion, nos provee de armas contra los enemigos que suelen salir al camino. Pero si bien lo miramos nada de esto es el mismo camino, el cual no es otra cosa, sino ciertos propósitos y dictámenes, que dispuestos por su órden y ejercitándose en ellos, se va uno ajustando al cumplimiento de la divina voluntad hasta conseguir la perfeccion. En declarar estos grados de perfeccion, y disponerlos por su órden, y dar ejercicios y meditaciones acomodadas para alcanzarlos, fué nuestro santo Padre muy excelente maestro, mucho más de lo que se puede encarecer, en este su libro de los *Ejercicios*.

Y para decir algo en general, de lo que hemos de

tratar muy de espacio y á la larga en los libros siguientes, estos grados de perfeccion, que debemos pretender y que han de ser el blanco de nuestros discursos y meditaciones, son el deseo de alcanzar el último fin, y resolución de poner todo esfuerzo, cuanto es de nuestra parte, para conseguirle; la indiferencia á todas las cosas criadas, así prósperas como adversas; el aborrecimiento de los pecados pasados; el propósito firme de la enmienda y de huir las ocasiones de semejantes recaídas; la determinacion de imitar á Cristo nuestro Señor; el amor de su cruz, de sus afrentas y oprobios; el abrazar su doctrina, que nos persuade á la pobreza de espíritu, al desprecio de la honra y á la humildad de corazón; el deseo de cumplir la divina voluntad, anteponiéndola del todo á la nuestra; la resolución de no tomar ni dejar cosa ninguna, si no fuere por motivos del mayor servicio y gloria divina, y en caso que sea igual la gloria de nuestro Señor Dios, desear en este mundo, antes lo adverso que lo próspero, por ser más semejante á Cristo nuestro Señor. Estos y otros propósitos semejantes, que son como grados por donde se va subiendo á la union con Dios nuestro Señor, son el camino sólido y seguro de la perfeccion, y están repartidos en sus lugares por el discurso de todas las cuatro semanas.

Y porque no desfallezca el espíritu en este intento, entre las demás meditaciones de la vida de Cristo nuestro Señor, que son más dulces y suaves, se ponen algunos ejercicios esforzados y valientes que contienen algunos principios ciertos y razones magistrales, que parece que hacen fuerza y llevan como arrastrando la voluntad á lo que pretenden. Estos son el principio y fundamento que está antes de la primera semana, el llamamiento del rey temporal, que está á la entrada de la se-

gunda, la meditacion de las banderas, y otra de tres binarios ó clases de hombres, que están en el cuarto dia de la segunda semana, los tres grados de humildad, y el preámbulo para hacer eleccion; en los cuales y en otros están por su orden los grados por donde se sube á la verdadera perfeccion, y son como los huesos que dan firmeza á este cuerpo, y las columnas que sustentan este edificio, hasta llegar á la cumbre de la union que se platica en el ejercicio del amor de Dios nuestro Señor. Y porque los que se disponen con gran fervor á pasar de esta manera adelante en el camino del espíritu son muy de ordinario combatidos de varios espíritus; y el demonio á los que ve que van huyendo del vicio y siguen con muchas veras la virtud, les suele vender el vicio por virtud y engañarlos con grandes ilusiones y apariencias de bien; por eso tienen grandísima necesidad de la divina luz y del don de la discrecion, para poder distinguir el buen espíritu del malo; y de mucho esfuerzo para saber desechar el malo y abrazar el bueno. Y esta es la cuarta cosa de las que propusimos que se hallan en este libro, que son las reglas de discrecion, en las cuales fué nuestro santo Padre tan gran maestro, que á juicio de todos los que en estas materias le tienen bueno, se hizo ventaja á sí mismo.